

LECTURAS RECOBRADAS



César Uribe Piedrahita



Con el número anterior (Diciembre 2003, núm. 3, págs. 219-231) *Palimpsesto* inició la publicación de novelas inconclusas de importantes autores colombianos. Se comenzó con «Camilo» de Jorge Isaacs, y hoy continuamos con «Caribe» de César Uribe Piedrahita, novelista antioqueño nacido en Medellín en 1896 y muerto en Bogotá en 1951, quien publicó *Toá –Narraciones de caucherías* en 1933 (Manizales, editor Arturo Zapata, Nota preliminar de Antonio García, ilustraciones de Arturo Arango, Alberto Arango Uribe y César Uribe Piedrahita) y *Mancha de aceite*, en 1935 (Bogotá, editorial Renacimiento, con grabados de Gonzalo Ariza).

El primer capítulo de «Caribe» se publicó en la revista *PAN* (núm. 9, julio de 1936, Bogotá, págs. 54-57) que dirigía su amigo Enrique Uribe White y donde publicaba su compañero de exploraciones Enrique Pérez Arbeláez, con quien fundara (1931) el Herbario de la Universidad Nacional.

Se ha querido ver en César Uribe Piedrahita un destino inacabado, disperso en múltiples talentos, por lo escasa que ha sido entre nosotros la vocación que para su plenitud desvanece fronteras, por la radical indiferencia entre la Ciencia y el Arte y por la falta de continuidad entre las generaciones del país. Todo lo hecho por César Uribe Piedrahita está indisolublemente atado por su ética y responsabilidad, por una vigorosa fuerza moral.

“*Toá* es un libro más depurado que *La vorágine* y ‘capta las cosas con más justeza y mayor intensidad’. Allí se describen ‘el Putumayo, el Caquetá y el Yará, o sea todos los brazos de la llamada hoya maldita, con el caucho, la siringa, la cascarilla, la quina’ y los demás árboles... que trajeron el suplicio y la muerte a los habitantes de los bosques...”.

En “*Mancha de aceite* dominan las síntesis crudas, los contrastes fragorosos, las descripciones esquemáticas y los toques hábiles de disección social o política” [Ricardo Latcham, 1946].

“Desde el punto de vista político [*Mancha de aceite*] fue una de las novelas más ambiciosas y agresivas, en su intento de testimoniar un hecho concreto, entre todas las de su tiempo” [Álvaro Medina, 1977].

“En César Uribe Piedrahita, cercano a las ideas de izquierda y quien vive además el proceso fundamental del gobierno de López Pumarejo, la idea de modernidad política va acompañada de una conciencia liberadora desde el punto de vista científico y cultural [...] tanto *Toá* como *Mancha de aceite* constituyen ante todo novelas de iniciación [...] frente a la desconocida geografía del mundo que es pues el comienzo del extrañamiento o sea el enfrentar ese yo consigo mismo. La aventura se torna así en una situación límite donde la vida puede mirarse desde aquel lado que había permanecido a oscuras. Sólo que en ese proceso de encontrarse a sí mismo, le iba a suceder lo que a Rivera: encontrarse con la ruda y amarga realidad de un país. [...] Por un lado la presencia de las compañías explotadoras del caucho ha supuesto el genocidio de los grupos indígenas, la destrucción despiadada de sus valores religiosos y culturales y la conversión de aquel ámbito que fue sagrado –reposo del mito, espacio de lo sagrado– en un escenario dantesco: ríos, ciénagas envenenadas, cuerpos humanos destrozados por centenares, etc. [...] aquel paisaje intacto, reino de una mitología, ya jamás regresará [...] la pérdida y el fracaso de ese escenario se dan como regreso al vacío. [...] El genocidio adquiere de este modo su alucinante dimensión apocalíptica: los estragos de la Casa Arana y su inaudita violencia ¿en qué se diferencian del genocidio que actualmente y en nombre del progreso se hace en muchas regiones del Brasil? Esta visión objetiva de grupos indígenas a la deriva, mujeres violadas, niños asesinados, ancianos amarrados y conducidos como bestias son a la postre la inquietante y conmovedora imagen de la derrota de lo sagrado. Colocar palabras indígenas como definición de los capítulos no es una ingenuidad “indigenista” como podría pensarse, sino una referencia directa a ese espacio sagrado que desaparece bajo esa violencia inclemente. [...] la sangre de los habitantes sin nombre, de esas culturas sin futuro ya, de esos lenguajes que no se guardarán ni siquiera como curiosidad etnográfica, porque se han perdido para siempre los espacios, los silencios, los sonidos que los justificaban como expresión de lo sagrado. Ahora tiritante sabe que esos ríos de sangre siguen corriendo y en sus delirios, parte ya de aquello que se pudre, el mar se constituye en la imagen necesaria a la muerte: un más allá de espacios claros, refulgentes donde las aguas azules del vasto mar funden por fin el anhelo de los sueños imposibles. [...] *Ciérrese los ojos; abráseles; agudicen el oído, desde el susurro más ligero hasta el ruido más intenso, desde el sonido más simple hasta la armonía superior, desde el grito más fuerte de la pasión hasta la palabra razonable más dulce –y sólo tendremos a la naturaleza que habla, a su ser mismo, su fuerza, manifestándonos su vida y sus relaciones–, de suerte que al ciego, al igual le está excluido el acceso a lo infinitamente visible, en lo audible puede captar algo infinitamente vivo.* *Mancha de aceite* es una novela de los sonidos. La naturaleza, como señala Goethe, es

aprehensible a través de todos los sentidos y así llega a estar dentro de nosotros, incorporada como una dimensión del cosmos. Sólo que esa armonía que buscó Goethe así como Hölderlin aquí se transforma una vez muerto el mito, verdaderamente en el caos. Despojado el hombre de su humanidad, que es lo que lo hace un dios, como afirma Max Scheler, pasa entonces de lo sagrado a la vulgaridad de las economías que lo alienan y despojan; así, el antiguo habitante de aquello que como naturaleza fue sonido y olor, calor y sabor es ahora una comparsa sin nombre abocado a la reivindicación de lo inmediato: la comida. [...] las razones de un hombre, la significación de una vida no importan en absoluto así como no importa en absoluto la calidad de un medio, el origen de una especie vegetal, la sobrevivencia de un pez: el agua muerta del golfo donde ya no hay ni peces ni pájaros, es eso una metáfora cruel [...] la realidad sobra ante esta fuerza tecnológica [...] El diálogo ha muerto, en el doble sentido: porque ha muerto el alma donde reposan los afectos, los recuerdos, las imágenes primeras y últimas de toda vida y porque ha muerto la fuente de la poesía, la raíz del origen, el bosque, la naturaleza. [...] El hombre sometido a este Poder no es nadie” [Darío Ruiz Gómez, 1992].

“Me asusta la orfandad científica de Colombia. Tantas endemias, tantos tesoros perdidos en la selva. Todo esto reclama mi trabajo. Quiero dar cima siquiera a media docena de las investigaciones que he verificado durante toda mi vida. Me asusta dejar sin respuestas tantos problemas nacionales que yacen olvidados” [César Uribe Piedrahita, 1948].



- 1950: Revista *Semana* (núm. 183), abril, Bogotá.
- 1951: *El Tiempo*, «Suplemento Literario», Bogotá, diciembre 30.
- 1977: Revista *Gaceta – Colcultura*, núm. 14, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- 1979: César Uribe Piedrahita, *Toá – Mancha de aceite*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá (incluye, entre otros textos, “Pesca de perlas” y artículos de: Elisa Mújica, Manuel Zapata Olivella, Luis E. Nieto Caballero, Jaime Paredes Pardo...).
- 1992: César Uribe Piedrahita, *Toa – Mancha de aceite*, Ediciones Autores Antioqueños, vol. 70, Medellín (con un estudio de Darío Ruiz Gómez. Incluye fotografías y dos dibujos de Ricardo Rendón).
- 1996: César Uribe Piedrahita, *Apuntes para una geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*, Universidad de Antioquia, Facultad de Medicina, Medellín (incluye dos capítulos de “Caribe”, “Pesca de perlas”, comentarios sobre Pedro Nel Gómez, Carlos Correa y “Sebastián de las Gracias”, entre otros textos).

César Uribe Piedrahita

«CARIBE»

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA INCONCLUSA)

Capítulo I

— ¡Mieh... coleh!

¡Qué escuridá... y el zipote brisa que tá soplando...! ¡Arría la escandalosa, y cóge rizoh al foque que vamos sin ná e lastre!

El piloto apretó el timón bajo la axila y aflojó la botavara siguiendo el impulso de la racha. Crujieron los palos al inclinarse la barca sobre las crestas fugaces de las olas panzudas. Los marinos silenciosos vigilaban el aparejo envejecido y desigual.

— ¡Ahup!... ¡ahup!... ¡Buena mareta de loh diablos! No sé por qué el patrón Clemente se le metió aparejar ehte mugre balandro como si fuera una goleta. ¡Cógele más rizoh al foque! ¿No veh que ehtá intranquilo el noroete? ¿Onde diabloh estaremoh?

— Como no hay estrellah... No hay sino ejeurana... Pero vamoh con buen rumbo.

La noche cerrada y espesa hundía su sombra entre los senos del mar. Una lucecilla roja e intermitente se veía en el fondo de la húmeda barcaza. La luz, apenas un fulgor de brasa, no alcanzaba a alumbrar el rincón de popa.

— ¿Qué hubo compa?

Ya cogí loh rizoh al foque. Pero ehte mugre sigue bailando. Suéltale a la botavara.

La lucecilla insistía en acentuar la densa oscuridad. Se movió vacilante en el fondo de la barca.

— Hágase pa llá blanco que voy a arriá esta vela. No se siente ái en ese pozo. ¿No ve que ehte tiehto hace agua por todoh ladoh? Y esa agua ehtá ya rancia y...

— ¡Cállate! Déja tranquilo al dotó y déja de está charlándole a todo mundo y... ¡Ahup! ¡Cónfiro! Sopla que ni en El Águila.

El viento hacía trepidar el velamen haraposo y la noche pesaba sobre el mar ondulante y salpicado de herviente espumarajo.

— Ohí. ¡Cómpa! ¿Parece que vamos arrimando a la cohta?

— Qué sé yo. Con ehta noche tan negra...

— ¡Cómpa! Qu'ihque el otro día había una manch'e sardah en bocah del León que no se había vihto ni cuando se comieron a Pompilio el chocosano. Eso sí fue una behtialidá... eran por nubeh... un revoltijo e sardah que daba miedo... los mesmo diabloh revol-

cándose en los borbotoneh de sangre. No eran culesquier "toynos"... y...

— ¿Loh vihte tú?

— No... yo que me pongo a pensá!

— ¡Andá! Déja de sé pendejo y cálla la jeta que paece una mejma mujé.

— ¿Entonces no puedo hablá? ¿No puedo decí naa e Pompilio?

El balandro se hundía temblando en los valles profundos del oleaje y se inclinaba de costado, siguiendo el ritmo de las ondas. En el rincón de popa se oyeron unos golpes contra el banco de culata y se apagó la lucecita...

— ¡Ahup! ¡Mieh... coleh! Recoge mah rizoh al foque y chica el ag'üe la cola... Vámoh a virá pal sú.

*

Soplaba con furia sobre la playa llena de troncos y despojos de palmeras. En el rancho de Clemente se hallaban varios hombres flacos y morenos sentados alrededor de una mesa

— ¡Den las cartas aprisa! ¡Qué vaina!... ¡Nana! ¡Nanaá!

— ¡Señor!

— Oye, hija, cierra esa puerta que el viento está apagando la lámpara.

— ¡Nana! ¡Nanaá!

— ¿A ver, señor?

— Nana, tráenos más ron. Pero no demores...

— Oye, hija... No, nada... tráenos el ron.

Clemente dio un puñetazo sobre la mesa y barrió luego las cartas con la mano.

— ¡Qué carajo! No juguemos más. Oigan, oigan esa brisa que corre y cómo golpea la mareta. ¡Miércoles! Apuesto a que esos brutos dejaron perder el balandro. Te lo dije, hermano, tú debías ir. Ese Florentino es un pendejo. Anda a ver cómo está el mar. ¿Qué hubo?... ¡ique vayan a ver el mar! ¡Nana, Nanaá!

— A ver, señor.

— Ah, muy bien, préstame el ron, eso es... Muy bien, hija. Oye, ¿crees que Florentino se perdió esta noche?

Yo no me hubiera perdido. Yo no. ¿Verdad, hija? ¿Recuerdas en el Cabo Tiburón?

— Sí, señor.

— ¡Qué vas a recordar! Oye cómo zumba la brisa. ¿Oyes el maretazo que rompe en “El Hoyito”? Florentino se va a perder, va a dejar perder el balandro. Saca la lámpara a la punta de “La Falúa” y no la dejes apagar... Anda, pronto... ¡Nana! Oye, ¿por qué no trajiste el ron?

Volvieron los hombres empapados por la lluvia que arreciaba. Clemente sirvió las copas y continuó hablando, mientras su boca parecía sonreír.

— ¿No ven? Mando a “Mareta” a que se llegue hasta Acandí y viene con el contrabando mojado, y en lugar de los “Cámels” me trae ese pendejo de botas y con cara de ladrón. Ojalá se pudra ese cachaco y se lo lleve el diablo con esas fiebres. ¿No ven? Florentino.... ¡ah pendejo! Dejó perder el balandro, y ahora sí no me queda nada. ¡Nana! ¿Nana! ¿Nanaá!

— ¿Qué quiere, señor?

— Que traigas otro poco de ron. Este tiempo está tan raro... ¿No ven? Sopla el Noroeste, y sin embargo se suelta un chaparrón de los diablos. Oye, hija... dale vuelta al cachaco, a ver si ya se murió. Llévale café con algo de ron... ¿Oyes? Déja aquí el ron, después le damos.

Los hombres se sentaron de nuevo cerca a la mesa y se dispusieron a beber y oír el monólogo de Clemente. El “Mareta”, flaco y encogido de hombros, miraba la lámpara. Era un hombre moreno, de ojos verdes y pelaje enmarañado. Se decía, no sólo en El Damaquiel, sino a todo lo largo de esas costas salvajes, que no había un piloto igual, ni un hombre más silencioso y atrevido. No obstante su color, más bien claro que oscuro, aceptaba ser hermano del “negro Clemente”, viejo filibustero, contrabandista y hombre de muchas aventuras, riesgos y encontrones con carabineros de Panamá y de Colombia. Clemente se sentía orgulloso de su hermano “El Mareta” y repetía con frecuencia que era su “hermanito de padre y madre”.

— ¡Carajo! Ya sí estoy creyendo que aquellos pendejos se perdieron. Ahora sí... Perdí mi goleta en Barlovento, perdí la balandra “Lucía”, y ahora pierdo este cascarón, último trasto que me quedaba. ¡Si no me faltara esta pierna! Porque, yo sí soy marino de veras. ¿No es cierto, Mareta? Yo sé manejar el sextante y medir la altura del sol y consultar el almanaque náutico. Yo sí sé de buques y no me da miedo de nada, ni de nadie, ¡icarajo!... ¡Nana, Nanaá!

— A ver.

— ¿Por qué no traes más ron?

— No hay más, señor.

— Pues búscalo, búscalo. Con esta noche... Oye, Nana, ¿qué tal el cachaco? ¿Se murió ya?

— No, señor. Está dormido y hablando cosas. Tiene una fiebre... No parece gente mala, más bien...

— Nana, Nana, oye... déjate de entrar donde ese hombre. Déjalo solo. Y... Qué hubo del ron, hija...

Después del chubasco el viento comenzó a ceder y la noche a serenarse. Aún batía el oleaje contra las barrancas y se oía el susurro de la hirviente resaca. La playa de “El Damaquiel” estaba solitaria, las casuchas cerradas y los perros dormidos.

Clemente solo, echado en el chinchorro rezongaba: “Florentino, Florentino, dejó perder el balandro. ¡Ah pendejo!”

*

— ¡Ahup! Que ya vamos a entrá. Siquiera el mar no está tan malo pa entrar al Hoyito. Arría pronto, que estamo pa cae. Cóge loh remo... ¡Ahup!

La barca dio un cabezazo y, después de un viraje forzado, saltó sobre la resaca y resbalando contra las barrancas arenosas fue empujada por las olas hasta el abrigo hirviente de la zanja que los contrabandistas llamaban “el puerto del Hoyito”.

— ¡Miehcoleh! ¡Qué nohecita! ¡Cómo estará Clemente! Nos va a jodé a todoh. Salte por aquí dotó. Ya le traeremoh loh coroto. Amarra duro, que pue que se ponga feo ehte diablo e golfo.

El patrón de la barca se adelantó hasta la casucha de Clemente. El otro hombre quedó arreglando los aparejos, mientras el pasajero esperaba, sentado en la maleta.

La noche suspiraba. La resaca extendía sus redes fosforescentes sobre los anchos lomos de las olas hinchadas. Un silencio negro cubría la tierra.

— Vamoh ya dotoh. La casa de Clemente no ehtá lejo.

— Bueno, Florentino, yo sí creí que se los había tragao el mar. Tenía rabia... si se hubiera perdido el balandro...

— Pero, es que...

— No le hace que lleguen tarde...

— Vea, Clemente. Es que tuvimoh que recogé un señó.

— ¿Qué?

— Clemente, lo traemoh, porque andaba huyendo y noh obligaron... y

— No más, icarajo! ¿Otro prófugo, otro?

Clemente miró en los ojos al aturdido Florentino. No podía reprimir la sorpresa que le producía la coincidencia de las dos expediciones. La noche antes “Mareta”, su hermano, había traído un jovencito pálido y enflaquecido que el piloto había aceptado como pasajero en Turbo, y a la noche siguiente llegaba Florentino con otro hombre desconocido. ¿Qué significaban esos hallazgos? Nunca le había pasado tal cosa en sus largos años en los mares e islas del Caribe. Creyó Clemente que esos hombres debían significar algo en el porvenir de su vida azarosa y decidió aceptarlos como una fatalidad, a la cual no debía oponerse.

— ¡Nana, Nanaá! Arréglae petates a otro señor que viene... Esto es una fonda, icarajo! Oye, tráete al hombre ese.

— Es un dotó.

— Vaya al carajo el doctor... a mí qué me importa que sea doctor... Dótores y ladrones son lo mismo pa mí... Que sea doctor, ¿a mí qué me da?...

En ese instante llegó el desconocido a la cabaña de Clemente. Saludó sonriendo.

— Buenas noches, señores. Perdonen que me les aparezca a estas horas.

— Clemente Figueroa, pa servile.

— Mi nombre es lo de menos, pero cuando me necesite, llámeme Carlos Uricha, servidor.

— Tome asiento, don Carlos, y descanse. ¡Nana! ¡Nanaá! Tráete un poco de ron y de café... Mala noche les tocó. Este diablo de golfo es así en verano. Pero como parece que ya va a llover, entonces sopla del sur y no es tan bravo... No siempre es bravo el condenado. Y... dígame, ¿de dónde lo echó este viento? ¿De muy lejos?

— No, señor. Venía de Panamá costeano y quedé varado en Cabo Tiburón. Parece que las autoridades me consideraban sospechoso y me vi obligado a pedir a Florentino que me embarcara.

— ¿Y con cuánto le tuvo que untar las poleas, don Carlos?

— Poca cosa. Lo que puede darle y lo que él se ganaba por transportar otro fardo más.

— Anoche trajeron otro hombre en la canoa que le arrendé al turco Benazaf. Ese también estaba varado y buscaba salir pa Cartagena. Pero no creo que llegue. Se lo están comiendo las fiebres. Junto a la cocina le arreglamos. Allá dormirá usted también, porque ya la tienda del turco está cerrada y ese hombre es una Sarda cuando lo despiertan. No hay más dónde. Perdonará lo malo.

—En todas partes estoy bien —interrumpió Carlos.

Entró Nana con el café y el ron. Era una mulata de unos veinte años, esbelta y bien parecida. Sonreía siempre y mostraba unos dientes parejos y limpios, afeados por un casquete de oro, orgullo de su dueña y envidia de sus amigas. Miró rápidamente al recién llegado y luego a Clemente, quien no le quitaba los ojos.

— Don Carlos, ésta es Nana, mi hija. Es una negrita cualquiera, pero es una tonina en el mar y una roca en el timón. Vete Nana y cierra la puerta a ver si no se apaga la lámpara. Y ve que esté arreglada la cama para el huésped y que le des agua al enfermo y que mirés si está completo el aparejo de la balandra y que esté la carga segura y... deja candela y café listos y...

— Está bien, señor.

Carlos miraba atentamente al negro Clemente. Alto y fornido, con la cabeza cubierta por un pelo espeso y rizado, hombros excesivamente anchos, y brazos como ceibas y amplio abdomen que acariciaba con las manazas de oso. Clemente permanecía sentado, debido a la falta de una pierna. El muñón sostenía las muletas contra el muslo un tanto recurvado por el peso del voluminoso tronco. Clemente parecía sonreír siempre. Tenía unos ojos brillantes y móviles que guiñaba alternativamente.

— ¿Y usted es doctor en qué?

— Ni yo mismo sé ya, don Clemente. Hace tiempo que olvidé mis títulos. Ando por todas partes... conociendo. Alguna vez me gradué en medicina...

— ¡Ah! Entonces podrá darle algo al otro tipo que vino anoche. Está hecho un escombros. Ese dizque es explorador o no sé qué diablos. Habla mucho, hasta cuando está privado por la fiebre. Quiere ir a Cartagena. Yo lo llevo si no se muere. ¿Y usted pa dónde va?

— También para Cartagena a revalidar mis papeles.

— ¿No carga papeles?

— No, no tengo. Allá conseguiré, puesto que nací en el interior de Colombia.

— Y si no consigue.

— Lo mismo me da.

— ¡Nana, Nanaá! ¿Ya está lista la cama? Hasta mañana o hasta ahora, doctor. Después nos veremos más a espacio.



Pese a las dificultades de impresión, creo que esta manera de escribir abre caminos literarios nuevos.

Cover

(Cesar Uribe Piedrahita)

- No, don Rafaelito, eso es bello... Si no hay money no hay business.
- Le aseguro, Capí.
- Nadie, las venderei en Centro América.
- Estos son buenos modelos. Cartas garantizan. Y si me dan la comision que me ofreció.
- Ya veremos, Rafaelito. Tómese otro buen card. Este amigo
-
- Bueno, Capí. Mil dolares, cash. Ahó, me dara mi comision?
- Ya veremos, Rafaelito....
-

ha noche fue complice. ha noche honda siguió envolviendo la goleta.



- Miñeple! no viste al Capi? Está más bravo...
 Parece que están en negociosh. Esah babah abrieron
 la escahilla que no era. Y la dejaron caer...
 - No hablah d'eso. Acuérdate q'en Providence... casi...
 - Qué va, compa! Eso eh pa loh pendepoh de...
 - Y tá qué sabeh de esah del mah?
 - Ya verah tú.

Ohe - ja ja ("Ai tan loh gringoh
 dale que dale
 Tomando quisque
 con ginger ale")
 ... ja ja!

noche. Ya me se ven las estrellas. Vámonos. Lupe, nena, nenita. Mañana... Tú...? Si?...
 Qué dices, mi daga?... Si, siempre. Ahí, aquí en este vallecito, entre estas colinas. Y aquí Tombira.
 Hasta mañana? No, antes no... Hasta pronto... Hasta siempre... Para siempre...

- Carlos, papá está borracho... con Rafael.
 Tengo miedo a Rafael. Pero como es tu amigo...
 - Qué dices?
 - Más... más... más...
 - Nena... mi nenita...
 - Está aclarando la...



- Negro!
 Traemos otra
 botella y más gin-
 ger-ale... Si, se-
 ñor, yo tengo muchas
 chintas. Si me les
 vendo aquí las ven-
 dore en Nicaragua,
 en México, en Cuba...
 Ahí sabrán que Capi
 Taylor es de la mejor: UMC... También como
 con mi whisky.
 - Bueno, Capi, yo consigo el dinero. Me espera...
 - Esperar?... Yo no puedo quedarme aquí. Pa-
 ra que me roten el guante y me fastidien...
 - Seria por pocas días.
 - Hell! Me agarran y...
 good bye!

El telón de nubes altas se hizo cada vez más diáfano. Amplios largos chapoteantes
 se abrieron en el cielo y una líbia claridad se exponeó por el mar, sobre las islas, por la
 gotela. Las velas recogidas... las curvas templadas contra el cielo... Arriba, en el telero
 de los polos, los masteleros apuntaban a las estrellas... Sombras, luz, estrellas...

En las islas aun atumban los
 Tambores
Bambo... bambo!
 bam - bam - bé

- No viste, Alfonso? Stan Nina con Stan Capi...
 - Lo vi. El dolor Carlah es un buen mozo. Recet un capitán de vapoh.
 - Pronto vendrá el año nuevo... Curasao...
 AÑO NUEVO TA VINI
 AÑO VIEU TA VAI...

aspumas... Pasa que el murmullo del
 mar se anulaba poco a poco...
 (a meun-
 dad el mar susurra entre el oído. Se oye
 palpitir la vida en su vientre profundo)



- Bueno, Capi, se arregló ya con Rafael?
 Mil dolares máximos, pero los entrego en tierra.
 - Si Marta se resuelve a desembarcarlas.
 Habrá que unforte la mano a Clemente.
 Uds. se arreglarán con ellos. No los de-
 jen matar...

matar, matar!
 Bam... Me malo este...

Un silencio nuevo cayó sobre el mar
 (PARA LLEVARTE EN MI CORAZON)

Y Alfonso en la popa: Stan Lupe ta mashá dushi... Año vieu ta vai

- Oye me Lupe. Tengo que ir hasta la costa.
 - Esperaré hasta que vuelvas. Si papá termina
 de arreglar el negocio con... Rafael.
 - Sabes tú de que negocio se trata?
 - No; nunca sé lo que carga La Angelica;
 no pregunto. A veces veo cargar muchas ta-
 blas y puertas. Pero de noche cargan
 otras cosas.
 - No te dice nada tu padre?
 - ... Nunca me dice nada.
 - Dime, porque se llama "La Angelica"?
 - Uds se llamaba mi madre. Yo bauticé la
 quela y le hice pensar alas...
 - Si; dos grandes alas azules.

La tarde lluvia por los islotes. La calma se frujo
 la gotela. Carlos quena pro



Mandus la cura en los rios suadrosos...
 - No te vas? Volveras pronto y le queda
 rás conmigo? Volveras en el bote?
 - No me va. Mas? Así? aquí? y aquí... Siempre!
 - Si, siempre... Mas... ah, ah, mis!

Islas cercunus Cayos coralines
Bambo... bambo...

Carlos estrecha su nena hasta hacerla gemir. El mar suspiraba en la presión de la
 tarde. El aire se llenó de sal... de tibios vapores yodados... Llegaba la noche
 ("Para llevarlo en mi corazón")

Tarde quieta sobre el golfo. En la desemboca
 ra, los manglares se alzaban sobre sus raíces adventi
 descolgar sus tentáculos. (Porque se esconden los can
 sueros?) Andas fajas de luz morfecina cenian a ho
 cilla, en el sur, en las tierras de selvas
 allá, donde se consumen de fiebre los hom
 - Por aquí como "la Vaca". Es bien grande
 la ladrona. Miren lah güeriah Empujan el
 Y tú, José, ten cuidado con loh arponeh... Quieloh...
 callaoh... si no, se juje...
 - Florentino, mira uquella zipote
 - Qué sarda... quietoh! i sarda.
 - Florentino... ya veo tch sardah... cuidao.
 (juj... JUJ... JUJ... J... JUJ... J...)

- Véanla! Duro! Dénle!

- Joyá! ja... ja... ja... ja... a...
 Capi, capi... jij... ja... jaaa...
 Diez ceyas con capsulas y el resto
 de latas de salmón de Alaska ja...
 - Ja, ja... ha... hip... Y te las pa-
 garon como... Negro zorro!
 Negro ladrón... Querés más
 ron, viejo Clemente picaro...



Que' hubo
 mah arponeh, carajo!
 mah duro. Corre tú palha! Ala!
 jenla... Nela dejen safi!
 - Florentino, Florentino! cuidao
 lah sardah
 - Duro! Miñepleh, que madre!

Una lluvia de chuzos cayó sobre
 el manatí. El animal se debatía entre los mangles,
 buscando el agua libre. Chorraba sangre, enro-
 jeciéndose el pontuno, al quebrar cañas y juncos.
 La enorme masa cedía al fango. Gemía co-
 mo un recetral oprimado. Daba pequeños
 vagidos, que contradecían el tamaño del animal.

- Duro con ella!
 Sállen todoh al mah!
 mat... MATENLA!

[Capítulo III]

PESCA DE PERLAS*

El bote se balanceaba suavemente al impulso del oleaje. Brillaban las anchas escamas metálicas del mar trémulo al contacto de la tarde cargada de brisas. La playa lejana. Un islote blanquecino salía del agua, reseco como una vértebra al sol.

Dulce rumor de chapoteos livianos, de espumas frágiles.

En la paz de la tarde, el bote. En el bote un indio guajiro y su mujer. Los indios se miraron:

— Naporce cáurure. (Conchas no tienen perlas).

— ¿Cáurure?, guartás maís hináru. (¿Perlas?, están muy hondas).

— ¡Pushácata somui! (Baja más hondo).

— Mapusas maí taya. (Estoy muy fatigado).

La mujer abrió otra concha, abrazó la carne tibia entre los dedos, luego la mordió en los tendones de inserción y repasó, con los dientes, la agria entraña.

El hombre dio un suspiro, abrió los brazos y los alzó sobre su cabeza reluciente. Se acercó a la borda y saltó como un delfín. Se hundió pataleando.

— Glu, gulú gulú...

Un minuto... ¿dos? ¿tres?... minutos de angustia.

La tarde jugaba con las escamas del mar.

Rodaban las nubes sobre sus cálidos flancos incendiados.

— Glu, gulú gulú...

Salió el hombre con una concha en la boca. La dio a su mujer, su cuerpo se estremeció, brillaron sus escápulas y corrió el agua por su espinazo... "¡Ah!".

— Naporce cáurure. (No tiene perlas).

— Guartás maí shináru... Ma pusas maí taya. (Están muy hondas, estoy fatigado).

.....
"¡Va!"... El hombre se lanzó como una flecha y penetró en el mar, hasta el fondo del mar, allá... en el fondo... Un minuto ¿Dos?... ¿siglos?... Graznaron las gaviotas y volaron los pelícanos en escuadrilla en V... ¿minutos, siglos?

Por fin salió la cabeza del hombre. Sus manos intentaron agarrarse a las ondas. Se debatió por unos momentos.

— Glu, gulú gulú...

.....
En el fondo de la barca estaba el hombre echado de espaldas. En lugar de una concha nacarada, mordía una esponja de espumarajo sangriento. La nariz anhelante hacía crepitar las espumas rojizas.

— ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Jaijá motso súpura áutin téchin!... oh... (Oh... falta un poquito para morir mi marido... oh).

.....
La flotilla de barcas pescadoras de perlas dobló la punta del islote. De las bordas, colgaban los restos del "aparejo de arrastre". Brillaban las escafandras y los hombres frotaban sus pechos y sus vientres mojados. En el fondo de las barcazas se amontonaban las conchas aún cerradas. Quizá llevaban un tesoro de tumorcillos engendrados por los arcos iris cuando se hundían en los vientres misteriosos del mar...

.....
— Mira vale, iun bote de indios contrabandistas!

— ¡Viren pallá! Los cogemos. Tendrán perlas.

En el bote, el hombre respiraba penosamente a través de la sangre espumosa. Los pulmones habían estallado.

"Oh Jaijá motso súpura áutin téchin. Oh. Oh... Ishá... maima ishá...". (Sangre... mucha sangre).

— A ver, india, ¿tienen licencia? ¿tienen perlas?

— Naporce cáurure... ¡Maima ishá! (No tengo perlas... ¡mucha sangre!).

— ¡Dame las perlas, india asquerosa, dámelas!

— Naporce cáurure. Motso mostacilla. Motso... Naporce cáurure... Jaijá motso súpura áutin téchin... ¡Maima ishá!

— Oiga mi teniente, ese indio se está muriendo. Bajó demasiado y se cansó. ¡Dejémoslo!

— ¡Por bruto!, se le reventaron los fuelles. No se muere, pero no podrá volver a bucear. Si lo intenta estalla como una burbuja... Por bruto... A ver, dame las perlas...

.....
— Miren lo que sacó este indio pendejo... Ja... ja... ja... Mostacilla de segunda. No sacó nada. ¡La mostacilla pal mar! ¡Anda! ¡Icen!... ¡Mañana veremos si se les da un buen castigo a estos canallas, ladrones!...

— La tarde se fue detrás del islote. ¡Soplaron las sombras!... espumas de sangre... esponjas rojas como el zumo de las pitahayas... Hilillos de sangre... perlas sangrientas... Estertores convulsos...

Oh... jaijá motso súpura áutin téchin... Ishá... ¡Maima Ishá!... ¡Oh!... ¡Maima Ishá!

Cenilabe. Piesahit.

* Revista de las Indias, núm. 6, Bogotá, mayo de 1939.